

exi
ne
do
en

tor
su
cri
con
fid

iI
tant
nieb
pure
do c
ros,
dad
paz,
ba
en
la n
otra
ec
y f

res
dep
feli
gol
fin
co
co

co

m

q

q

n

(

—16—

XXX.

Hablar frecuentemente de María y publicar sus alabanzas.—Todos los justos que veneramos sobre los altares, y todos aquellos que han merecido la vida eterna, fueron amantísimos de María, porque de otro modo no hubieran alcanzado la felicidad; y por consiguiente, todos ellos, según su estado, condición y circunstancias, han empleado su lengua, su pluma, su espíritu y sus pensamientos, en publicar y cantar los méritos y alabanzas de la Reina del cielo.

XXXI.

Rezar con atención y fervor el Ave María.
—Después de la Oración Dominical, no hay entre las vocales, otra que más agradable sea á Nuestro Señor y á María Santísima. San Alfonso de Ligorio tenía constumbre de decir que un Ave María bien recitada, vale más que el mundo entero.

Se refiere que la Santísima Virgen llena de hermosura y claridad, aparecióse á Santa Matilde, llevando sobre el pecho la salutación angélica escrita con letras de oro; y dijo á la Santa: "Hija mía, ¿deseas acaso conocer la oración más agradable que puedes hacerme? Pues sábeta, que es imposible que los morta-

—17—

les encuentren un saludo y oración semejante á la que se me ha enviado del cielo."

XXXII.

Saludar con algunas invocaciones á María al principiar las oraciones más importantes.—Así lo practicaron muchos santos, entre otros, Santa Catalina de Suecia, la cual comenzaba todas sus acciones con el *Ave María*, y cuando se le consultaba sobre algún negocio, decía en voz baja la salutación angélica, con tanta cautela, que nadie llegaba á percibirse de ello.

XXXIII.

Decir tres veces el Ave María, de la manera que la Sma. Virgen lo enseñó á Santa Matilde, para obtener la gracia de bien morir.—Es necesario, dijo un día la Santa á Nuestra Señora, que me asistais á la hora de mi muerte y me déis valor y fuerza para vencer al enemigo."—"Lo haré así, hija mía, respondió la Madre de Dios, pero deseo que diariamente me ofrezcas tres *Ave Marías* con esta intención, agregando á cada una lo que voy á decirte.

"Después de la primera dirás: "Oh Virgen Santísima, mi Reina y Señora, así como el Eterno Padre os ha comunicado su poder, sedme propicia á la hora de mi muerte y por vuestra fuerza eficaz, retirad lejos de mí las potencias infernales."

“Después de la segunda, harás esta súplica: “Oh Virgen María, mi Reina y Señora, así como el Hijo de Dios ha derramado sobre vuestra alma la luz de la divina Sabiduría de suerte que por vos son iluminados los habitantes del cielo, haced que en la hora de mi muerte, mi espíritu se halle revestido con la luz de la fé y que no lo turben las tinieblas de la ignorancia y del error.

“Después de la tercera, agregó la Virgen Santísima, pedirás mi protección diciendo: “Oh María, mi Reina y Señora, así como el Espíritu Santo, llenando vuestro corazón con la plenitud de su dulzura, ha hecho que sea el más dulce y compasivo de los corazones, derramad también tanta dulzura de caridad sobre el mío, que se sobreponga á todas las amarguras y penalidades de la muerte.”

XXXIV.

Decir el Ave María como enseñó nuestra Señora á Santa Gertrudis.—La Madre de Dios dijo á Santa Gertrudis que al pronunciar las palabras, *Dios te salve María*, pidiera consuelos para los que, en aquellos instantes, sufran algunas incomodidades en el cuerpo ó en el espíritu; que al decir, *llena de gracia*, rogara por los pobrecitos que no sienten la felicidad y dulzura de la gracia santificante; que en las palabras *el Señor es contigo*, le suplicara, como á Madre de misericor-

dia, el perdón para los pecadores, que cuando dijera, *bendita Tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre*, suplicase á María su protección y ayuda para los predestinados; y por último, que al pronunciar el dulcísimo Nombre de *JESUS*, pidiera el perfecto conocimiento y verdadero amor de su Hijo Santísimo.

XXXV.

Rezar la corona de la virtudes de la Sma. Virgen.—Dios Nuestro Señor inspiró esta práctica á Santa Juana Francisca Fremiot de Chantal, fundadora de la Orden de la Visitación.—Quería la Santa, por medio de diez Ave Marías y un Padre Nuestro, reverenciar las diez principales virtudes de la Santísima Virgen, á saber: la pureza, la devoción, la prudencia, la sinceridad, la pobreza, la paciencia, la caridad y la conformidad con la voluntad de Dios.

XXXVI.

Rezar la corona de doce Estrellas en honor de la Sma. Virgen.—Se compone de tres *Pater Noster*, seguidos de cuatro *Ave Marías*. Los primeros en honor de la Santísima Trinidad, que, habiendo colmado de favores á la Santísima Virgen María, la elevó sobre todas las criaturas. Las doce estrellas, mencionadas en el Apocalipsis de

exis
nec
do
en
I
tor,
su
cristi
cor
fidi

ta
ni
pu
de
re
da
pa
be
en
la
o
h
y
r
d
f
g
f
c
c

San Juan, representan las doce más grandes excelencias y gracias de la Virgen.

Es muy fácil obtener la atención que se requiere para esta corona: al primer Padre Nuestro, se dan gracias á Dios Padre por haber escogido á María por Hija; al segundo, á Dios Hijo, por haberla elegido por Madre; al tercero, á Dios Espíritu Santo, por haberla predestinado para Esposa. En cuanto á la cruz que suele pender de la corona, diremos que algunos acostumbra rezar sobre ella el *Credo*. Puede terminarse después con la *Salve* y la oración *Bajo tu amparo, etc.*

La corona se puede rezar por tres fines: primero, dar gracias á Dios nuestro Señor por los favores que ha concedido á María; segundo, pedir la extirpación de las herejías y conversión del mundo; tercero, impetrar una vida feliz y una santa muerte para aquellos que la rezan todos los días.

XXXVII.

Tener devoción al Corazón sagrado de María.—Después del Sagrado Corazón de Jesús no hay otro más digno de nuestro amor que el de nuestra Madre la Santísima Virgen María. Un día de la Anunciación, estando Santa Gertrudis en éxtasis, vió tres arroyuelos que descendían del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, y penetraban

con dulce impetuosidad en el Corazón de la Virgen Santísima, retrocediendo después, cada uno á su principio y origen. Y entendió la Santa que por esta visión se le mostraba la grandeza del Corazón de María, por la íntima comunicación y divinas influencias que recibe de la Santísima Trinidad.

XXXVIII.

Hacer frecuentes actos de amor á María Santísima.—De esta manera se logra en poco tiempo una devoción verdadera á la Madre de Dios. Mas atendiendo á nuestra flaqueza, deberíamos cada día señalarnos cierto número de actos, y aumentarlo progresivamente; así, lograríamos arraigar el hábito, y presto veríamos llegar una época en la que, todas las palpitaciones de nuestro corazón, todos nuestros actos y pensamientos, estuviesen animados del amor divino.—Para ir á Jesús, no hay otro camino que el amor á María!

XXXIX.

Hacer frecuentes actos de esperanza y de confianza en la Virgen Santísima.—Digámosle muchas veces con San Buenaventura: "En tí esperamos, jamás nos abandones," *In te, dulcis Maria speramus, nos defendas in æternum.* San Juan Berkman solía de-

cir: "Si amo á María, estoy seguro de mi perseverancia y de mi salvación."

XL.

Pronunciar frecuentemente el dulce nombre de María.—La Sma. Virgen, hablando un día á Santa Brígida acerca de esta devoción, le dijo: "Los Angeles, por favor de mi amadísimo Hijo, oyendo mi nombre se alegran, bendicen y dan gracias á Dios, que, por una maravilla de su poder, ha unido su divinidad sacrosanta á nuestra pobre humanidad; las almas del Purgatorio al oírlo, reciben refrigerio y descanso; los Angeles de Guarda, se gozan más íntimamente con aquellos que lo pronuncian; los demonios huyen y abandonan su presa, cuando escuchan tan dulce nombre."

XLI.

Rezar tres salmos de David y un cántico cuyas primeras letras forman el nombre de María.—El B. Joscio, devotísimo de la Madre de Dios, recibió la inspiración de esta práctica. Rezaba todos los días el *Magnificat*, que es el cántico de la Virgen Santísima, con el salmo 119 que comienza: *Ad Dominum cum tribularer*, después el tercero de Prima, *Retribue servo tuo*, el salmo 225, *In convertendo* y por último el 122,

Ad te levavi oculos. El B. Joscio, eligió el dicho cántico y los salmos mencionados, cuyas primeras letras componen el nombre de María. Comenzaba además cada salmo con la salutación angélica y concluía con el versículo, *Post partum Virgo inviolata permansisti, Dei Genitrix intercede pro nobis.* Después la oración *Concede.*

Otros, rezan el *Magnificat*, el *Ave Regina coelorum*, el *Regina coeli*, la oración *Inviolata* y el *Ave maris stella.*

XLII.

Amar tierna y ardientemente á nuestro divino Salvador Jesucristo, por el amor de su Sma. Madre.—Esto enseñó la misma Virgen Santísima, en una de sus cariñosas conversaciones, con Santa Brígida.

"Hija mfa, le dijo, si me quieres obligar y hacerme un gratísimo obsequio, ama á mi Hijo Jesús por amor á mí; pero ámale sobre todo, por sí mismo, atendiendo á que es el más hermoso, el más amable entre los hijos de los hombres; el más dulce, el más perfecto, el más digno de ser amado, servido y honrado, sobre todo lo que pudieras imaginar."

XLIII.

Visitar los templos y otros lugares dedicados á la Madre de Dios, siguiendo la

exi
nec
do
en
tor,
su
crib
cor
fide

— 24 —

piadosa costumbre de San Carlos Borromeo.
—El Santo practicaba esta devoción principalmente los días festivos.—El tiempo que dediquemos en visitar á María en los lugares donde más señaladamente es honrada, nos será sin duda más provechoso y consolador que las horas empleadas en esas otras visitas y reñiones que ponen en peligro la santa tranquilidad del ánimo, y muchas veces, hasta la limpieza de conciencia.

XLIV.

Privarse del sueño ó acortarlo, si la salud lo permite, en las vigiliás de las festividades de María.—Sabido es que San Ignacio de Loyola echó los cimientos de su admirable vida y grandes empresas, en aquella memorable noche que pasó en vela delante de Nuestra Señora de Monserrat; ahí recibió del cielo todas las luces y gracias que lo han elevado á tamaña altura delante de Dios y de los hombres.

XLV.

Tener la devoción de los Gozos de la Santísima Virgen.—Deseando Santa Matilde ofrecer á María algo que le fuera agradable, le dijo Nuestra Señora: "Hija mía, recuérdame el gozo de mi espíritu cuando el Hijo de Dios se hizo carne en mi seno virginal y la alegría que experimenté en el Nacimiento de mi querido Jesús."

— 29 —

— 25 —

Santo Tomás, Arzobispo de Cantorbery, rezaba diariamente tres *Ave Mariás* en memoria de los siete gozos de la Santísima Virgen, á saber: la Anunciación, la Visita á Santa Isabel su prima, la Natividad de Nuestro Señor Jesucristo, la Adoración de los Magos, el haber encontrado al Niño Jesús en el templo, la Resurrección y Ascensión de Nuestro Señor Jesucristo.

Nuestra Madre Santísima se apareció cierto día al Santo y le dijo que también debía alegrarse con ella por los gozes eternos del cielo.—Agregó que asistiría á la hora de la muerte á los que así lo hicieran, y les daría ese sumo goce y consuelo con la seguridad de que cuidaría de sus almas para conducir las, ella misma, al reino de Nuestro Señor Jesucristo. Añadió después los puntos siguientes en los que debemos también congratularnos con ella, á saber: 1.º —De que ninguna creatura le aventaja en gloria. 2.º —De que la excelencia de su Virginitad excede á todos los órdenes, así entre los hombres como entre los ángeles. 3.º —De que los inefables resplandores de su hermosísimo rostro, como espléndido sol, iluminan la Jerusalén celestial. 4.º —De que todos los habitantes del cielo la honran y reconocen como dignísima Madre de Dios. 5.º —De la grande influencia sobre las voluntades de su divino Hijo, el cual siempre

at
ci
su
do
g
sa
ti
r
s
r
l
a
s
e
l
e

exis
nec
do
en
tor,
su
crist
cor
fida

accede á sus peticiones. 6.º — De los medios eficacísimos de que ella dispone para salvar á sus fieles devotos. 7.º — De que su gloria recibe y recibirá aumento en toda la duración de los siglos; y 8.º — De que el honor y gloria que disfruta en los cielos jamás tendrá fin.

¿Quién dudará, después de todo esto, que la devoción de los Gozos es gratísima á nuestra divina Madre?

XLVI.

Reconocer los favores y beneficios recibidos de la Sma. Virgen, á imitación de Santa Gertrudis.— Sólo en el cielo llegaremos á conocer perfectamente todos los beneficios visibles é invisibles que hemos recibido de la Madre de Dios; pero se puede afirmar que de ella alcanzamos todas las gracias, así del cuerpo como del espíritu, ya que, según el dicho de los Santos Padres, Dios tiene determinado que sólo por medio de María lleguen á nosotros los efectos de su bondad y misericordia.

Sería sin duda una práctica muy agradable á Dios, reconocer con frecuencia este privilegio de María, y determinar, siquiera un día del mes, en que recordásemos cada uno de los favores especiales que de ella creemos haber recibido. O bien hacer lo que Jesucristo reveló á Santa Matilde, la

cual, entristecida porque no encontraba modo de manifestar á María Santísima su reconocimiento, oyó estas palabras del divino Salvador: "Hija mía, por todos los favores que has recibido de mi querida Madre, alaba la voluntad con que aceptó y cumplió todas las voluntades de mi Padre, ya en lo que á mí tocaba, ya en lo que á ella concernía; alaba la perfecta fidelidad para hacerme todos los servicios imaginables y sufrir en lo más profundo de su alma, cuantos tormentos yo soportaba en mi cuerpo; glorificala también por la fidelidad sin ejemplo con que se emplea en ganarme las almas y su asidua solicitud para volverlas á mi redil."

XLVII.

Elegir y reconocer á María por Madre nuestra, á ejemplo de Santa Teresa y de muchos santos.— En todos los trabajos y dolores de esta vida, apenas habrá recuerdo más consolador, que el de aquella ternura indecible de nuestro buen Jesús, quien, no satisfecho con habernos dado su vida, quiso, en los momentos de consumir el holocausto, ponernos bajo la poderosa protección de María, no ya como súbditos, sino con el dulce caracter de hijos. Por la voluntad de Jesucristo, la Virgen Santísima es nuestra madre. ¿Qué podremos temer

exi
nec
do
en
tor,
su
cri
cor
fidi

— 28 —

recordando esta verdad, contenida, según la interpretación unánime de todos los Doctores de la Santa Iglesia, en las mismas palabras del Evangelio?

Imposible es reducir á cortas líneas lo que pudiera expresarse acerca del amor que María nos tiene: por más que no seamos sus hijos por naturaleza, nos ama, según la expresión de un Santo Padre, con más intensidad y eficacia que todas las madres de la tierra á sus propios hijos. Ella, como nuestro Salvador, estaba dispuesta durante su vida mortal, á morir por el deseo de nuestro bien, tantas veces cuantos fueren los que habían de ofender á Dios.

¡Cuánto debemos pues confiar en su protección sabiendo que todo lo puede! Mas, como dice San Pedro Crisólogo, "aquel cuyas obras son contrarias á las de María, prueba por los hechos que no quiere ser su hijo." ¡Y como tener el atrevimiento de llamarse hijos de María, agrega San Ligorio, cuando la conducta observada es para la Virgen Santísima un motivo de disgusto?—"Cierta pecador dijo á María: *monstra te esse Matrem*, (muestra que eres Madre), y la Santísima Virgen le contestó: *monstra te esse filium*, (muestra que eres hijo).

Necesario es conformar nuestras acciones con las de María para ser sus verdaderos hijos; mas esto no quiere decir que ella no

— 29 —

ame á los pecadores, ni que les rehusé su poderosísima ayuda desde el momento en que forman la resolución de abandonar el pecado. Por eso San Buenaventura exclamaba lleno de admiración: "Oh María, Vos estrechais con vuestros maternales brazos á los más grandes pecadores, aún aquellos que por sus crímenes son el escarnio del mundo entero, y no reposais hasta haberlos reconciliado con Dios."

No escogimos nosotros ciertamente por Madre á esta Soberana Señora, porque nos la dió Jesucristo; pero ella se complace en que nuestra voluntad la elija y en que le consagremos todo nuestro ser. De aquí es que los santos no la llaman sino con tan dulce nombre y se consagran no una, sino mil veces á su servicio. Hagámoslo así nosotros y recordemos todos los días, al ver la luz, que si tenemos buena voluntad, nada puede dañarnos, porque nos cubre como escudo invulnerable la solicitud maternal de la que ha sido coronada por el mismo Dios como Reina del universo.

XLVIII.

Recitar el cántico MAGNIFICAT, dictado á María por el Espíritu Santo.—Es el canto sublime por excelencia, el que aventaja á todos los que contiene la Santa Escritura. Es, según San Ambrosio, el éxtasis de la

exi
nec
do
en
tor,
su
crib
cor
fida

humildad de la Virgen y por eso sus acen-
tos inspirados fueron grata melodía para el
Corazón de Jesús que recibe siempre con
suma benignidad las alabanzas de los man-
sos y humildes. "Los fieles hijos de la
Iglesia, dice el P. Rafael Pérez, de la Com-
pañía, lo llevan grabado en la memoria, lo
repiten de continuo y lo cantan delante del
Señor, y Él lo escucha, y como encantado
por su celestial dulzura, parece contener su
justísimo enojo. Cuando una alma piado-
sa repite las palabras del *Magnificat*, pone
ante los ojos de la divina Majestad el con-
junto de hermosísimas virtudes que adorna-
ban el alma de María al pronunciarlas; re-
suenan de nuevo aquellas frases que fueron
tan dulces para Él: traenle á la memoria el
profundo anonadamiento de su Verbo he-
cho carne; le representan, en fin, todo cuan-
to es más capaz de moverle en favor de los
desvalidos hijos de Adán. Por eso nues-
tros padres nos enseñaron á valernos de es-
te canto celestial, como de un medio para
desarmar la cólera de Dios, como de un es-
cudo para defendernos de su justicia airada
contra nuestros crímenes."

XLIX.

*Pedir la bendición á la Virgen Santísi-
ma al acostarse y levantarse, á imitación de
San Estanislao de Kostka.*—Si hemos ele-

gido á María por Madre nuestra, nada más
propio y natural que honrarla así, como los
buenos hijos. ¿Qué podemos temer, por
otra parte, si damos principio al día y á la
noche con la maternal bendición de María
que todo lo puede?

San Estanislao de Kostka fué quizá el
primero que introdujo esta devoción, prac-
ticada después por muchos miembros de la
Compañía de Jesús: se refiere que cuando
el Santo Joven se hallaba en Roma, todos
los días, mañana y tarde, se arrodillaba
vuelto el rostro á la Basílica de Santa Ma-
ría la Mayor, para saludar á la Virgen San-
tísima, implorando su bendición y ofrecién-
dole sus servicios.

¡Ojalá que todos siguieran este ejemplo!
¡De cuántos males y peligros se librarían
los que acostumbrasen esta práctica, que no
ofrece dificultad alguna y apenas requiere
algunos instantes de atención!

L.

*Meditar sobre la gloriosa Virgen y Ma-
dre de Dios ó pensar en ella.*—San Ansel-
mo asegura que después de Dios, el pen-
amiento de que la Virgen Santísima es Ma-
dre del Verbo, debe reputarse como el más
alto y más excelente, como la ocupación
más propia de un cristiano deseoso de su
salud eterna. Quienes, en verdad, no ha-

yan olvidado su destino en el mundo, por poco que consideren, advertirán que sin el amor á María nada aprovechan; mas ¿cómo pueden amarla si no la conocen? ¿y cómo la conocerán si no piensan jamás en ella con la atención debida?

Lo que se ama está siempre en la memoria, y pensar en ello es delicia verdadera. Si queremos medir el amor á nuestra Santísima Madre, contemos los instantes que en un día, en una semana ó en un mes, nos hemos ocupado en ella. Cualquiera que fuese el resultado de este examen, sería muy útil para la salvación, proponernos meditar sobre las grandezas de la Virgen Santísima, al menos en sus festividades. Así lo practicaban innumerables santos, entre otros San Juan Damasceno, quien asegura inefable gozo, perpetua paz y tranquilidad áun durante la vida, á los que acostumbran pensar con frecuencia en la Virgen Santísima.



L L L

BREVES

ENTRETENIMIENTOS

EN HONOR DE LA

VIRGEN MARIA

POR EL BEATO

LEONARDO DE PUERTO MAURICIO,

DEL ORDEN DE SAN FRANCISCO.

TRADUCIDOS DEL FRANCES

POR

CLARA VARGAS

PRESIDENTA DE LAS HIJAS DE MARIA

EN IRAPUATO.

TIPOGRAFIA DE VARGAS.

IRAPUATO.

1901.